

Poblados tipo *pukara* en Yocavil El plano de Rincón Chico 1 (Catamarca, Argentina)

Myriam Noemí Tarragó¹

Resumen

Entre los siglos X y XVI, en amplias regiones del Noroeste de Argentina, Bolivia y Norte de Chile se desarrollaron paisajes culturales que comprenden, como rasgo sustantivo del período, el desarrollo de centros poblados conglomerados, en muchos de los casos, emplazados en riscos o mesetas elevadas que abarcan amplios campos visuales. En varias zonas de los Andes del Sur se conserva la designación de pucará o *pukara* para estas instalaciones. El presente trabajo se propone discutir el múltiple papel que pudieron haber jugado señalando el aspecto defensivo del asentamiento y la función clave que desempeñaron los cerros fortificados en los paisajes sociopolíticos tardíos.

Desde el punto de vista metodológico, se destaca la importancia de contar con planos completos y con ubicación precisa en la topografía de emplazamiento para abordar adecuadamente el problema. El propósito específico está dirigido a la presentación y el análisis del plano del Sitio 1 de Rincón Chico, de 39,6 ha, incluyendo las excavaciones arqueológicas y el conjunto de fechados radiocarbónicos efectuados. Se discuten, por último, sus relaciones con otros poblados cercanos, en el ámbito territorial del valle de Yocavil, provincia de Catamarca.

Palabras clave: poblados - *pukara* - Yocavil - noroeste Argentino

Abstract

Between the 10th and 16th centuries, in large regions of northwestern Argentina, Bolivia and northern Chile, cultural landscapes developed comprising, as substantive feature of the period, the development of clustered settlements placed, in many cases, on ridges or high plateaus covering large visual fields. In several areas of the southern Andes the designation pucará or *pukara* is preserved for these installations. This paper aims to discuss the multiple roles that they might have played pointing out the defensive aspect of the settlement and the key role played by the fortified hills in the late socio-political landscapes.

From the methodological point of view, to adequately address the problem, the importance of having complete plans and with precise location in the site topography is stressed. The specific purpose of this article aims at the presentation and analysis of the site plan of Rincon Chico 1, covering 39,6 ha, including the archaeological excavations and the set of radiocarbon dates carried out. Finally, its relationship with other nearby settlements in the area of the Yocavil Valley, Province of Catamarca, is discussed.

Keywords: settlements - *pukara* - Yocavil - Northwest Argentina

¹ CONICET. Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

myriamtarrago@yahoo.com

Entre los siglos X y XVI, en amplias regiones del Noroeste de Argentina, Bolivia y Norte de Chile se desarrollaron paisajes culturales con varias cualidades novedosas. Entre ellas, cabe señalar tres como las más importantes: la intensificación de la ocupación y la explotación de recursos agro-ganaderos con el concomitante desarrollo de grandes campos con irrigación; la producción y circulación de estilos de época de gran impacto cultural en cerámica y metales, entre otros soportes; y como rasgo sustantivo del período, la gestación y desarrollo de una nueva clase de instalación, los centros poblados conglomerados, emplazados, en muchos de los casos, en riscos o sobre mesetas elevadas que abarcan amplios campos visuales. En varias zonas de los Andes del Sur se conserva la designación de pucará o *pukara*.

El presente trabajo se propone retomar la discusión sobre el papel de estas modalidades de residencia, señalando el aspecto defensivo del asentamiento y la función clave que desempeñaron los cerros fortificados en los paisajes sociopolíticos tardíos. Desde el punto de vista metodológico, es crucial contar con planos completos que establezcan la ubicación precisa en la topografía de emplazamiento así como su vinculación con otros sitios de su entorno para una adecuada evaluación de la evidencia arqueológica. Es decir, no se deben recortar los centros poblados altos de su espacio circundante donde se distribuyen diversas instalaciones productivas asociadas. En este último sentido, el propósito específico es analizar el plano del Sitio 1 de Rincón Chico, provincia de Catamarca, y discutir las relaciones con otros centros conglomerados occidentales del ámbito territorial del valle de Yocavil, como sector meridional de los Valles Calchaquíes. Cabe señalar que, si bien esta gran área arqueológica ha sido objeto de múltiples trabajos de investigación por

varios miembros del equipo, faltaba realizar un paso fundamental: la publicación del plano completo de Rincón Chico 1 en su relación con los sitios de su *hinterland*.

El centro poblado alto

El emplazamiento en zonas elevadas, por encima del fondo de valle o cuenca, es una característica generalizada de los núcleos poblados del Período de Desarrollo Regional o Intermedio Tardío en puna, valles y quebradas de los Andes del Sur, lo que implica cambios significativos en la morfología, el tamaño y la distribución de los asentamientos humanos, al inicio del segundo milenio de nuestra era. La aparición de este nuevo tipo de instalación humana ha sido discutida por diversos investigadores quienes aportaron interesantes datos, coincidiendo todos en el aspecto defensivo de estas clases de asentamientos (Ruiz y Albeck 1997; Arkush y Stanish 2005; Arkush 2009, 2010; Nielsen 2007, 2010; Wynveldt y Balesta 2009; Balesta y Wynveldt 2010).

Su origen parece estar vinculado con los fenómenos sociales de conflicto y lucha por la hegemonía que se dieron en las diversas regiones que estuvieron, de algún modo, bajo el influjo de Tiwanaku, y los procesos que se generaron ante la desintegración de su poder político, entre los siglos X y XI d. C.

En varias de las zonas involucradas, se emplea la designación de *pukara* (vocablo compartido por los idiomas quechua y aymara). En sentido amplio, alude a un asentamiento habitacional elevado, naturalmente protegido y de acceso dificultoso, desde el cual se logra una amplia visión del entorno. En los valles de Santa María y de Hualfín no se ha utilizado este nombre, si bien, por las características de los centros, podrían ser englobados en la categoría de poblado-*pukara* (Ruiz y Albeck 1997:235-236).

Nos encontramos, por ende, ante un fenómeno complejo que se manifestó dentro de determinadas condiciones socio-históricas, en distintos grupos étnicos del espacio surandino. Cabe preguntarse, por lo tanto, sobre los factores sociales que provocaron estos cambios dramáticos en los patrones de instalación. Varias características de su materialidad competen al problema. Primero, se destaca su instalación sobre mesetas altas o cerros escarpados. En muchas zonas, es un espacio ocupado por primera vez por obras arquitectónicas, práctica luego continuada por la construcción de fortalezas o centros administrativos durante la época del imperio inca. Segundo, en todos los casos, existe gran visibilidad del paisaje circundante, condición *sine qua non*. A veces, se suman muros de circunvalación y, en menor cantidad de casos, sucesión de líneas de murallas, parapetos y torreones en las laderas más accesibles hacia la cima (Arkush y Stanish 2005:8). Tercero, si bien el tamaño de los sitios puede variar, los de mayor envergadura incluyen cientos de estructuras con muros de piedra, que muestran tanto evidencias de usos domésticos como públicos ceremoniales, *verbigracia monolitos-huanacas*, plazas y edificios destacados. Cuarto, es recurrente la presencia de varios poblados altos en posición estratégica, que se conectan visualmente «por línea de aire», en radios entre 2, 10 y 25 km (extensión máxima estimada de un día de marcha a pie).

Las transformaciones en la materialidad implican, por lo tanto, *cambios cualitativos* (de formas constructivas, lugares de emplazamiento y modos de agrupamiento) y *cambios cuantitativos* (tamaño de las áreas de residencia, número de estructuras arquitectónicas y densidad edilicia). Se habrían producido fenómenos sociales concatenados en relación recíproca, es decir, los cambios de

calidad en cantidad y viceversa se activaron dialécticamente.

A los rasgos arquitectónicos de naturaleza defensiva, se suman, en algunos sitios, evidencias de armas—piedras de honda, rompecabezas y hachas de piedra pulida, escudos y puntas de proyectil, normalmente de obsidiana— (Nielsen 2007) y datos bioarqueológicos sobre diversos tipos de trauma en restos osteológicos (Mendonça *et al.* 2005; Marchegiani 2011:235-236).

La red de *pukaras* que se emplazaron en el borde oriental de los Andes Meridionales fue analizada, tempranamente, por González y Pérez, quienes enfatizan el papel defensivo que éstos debieron cumplir (1966:261, Fig. 3). En el norte de Chile, es también un fenómeno notable tanto en la zona de Atacama la Alta y sobre el Loa, como en los valles transversales de la Primera Región. En la cuenca tributaria del valle de Azapa se han estudiado ejemplos de gran magnitud como el *pukara* y aldea de Chapicollo, Copaquilla, Saxamar y, en particular, Huaihuarani, donde los investigadores reportan más de 1.000 recintos agrupados en tres conjuntos (Muñoz, Chacama y Santos 1997). En la quebrada de Humahuaca, por su menor anchura, son muy notables las redes de *pukaras* que se van sucediendo (Krapovickas 1959; Cremonte y Garay 1997; Tarragó y Albeck 1997; Nielsen 2001). Recientemente, se suma el trabajo de Elizabeth Askush, en la cuenca norte del lago Titicaca, en el que despliega la información generada por el análisis de 44 *pukaras* dentro de la escala mayor del que fuera el territorio colla. En función de la recolección de superficie, las excavaciones de prueba en 10 sitios y 43 fechados radiocarbónicos, pudo ubicarlos, con definición, en el Período Intermedio Tardío destacando el carácter defensivo de estos asentamientos. Discute, además, los modos de organización social que corres-

ponderían antes que a un único señorío centralizado, a grupos segmentarios que se habrían reunido en federaciones para fines de defensa (2009, 2010).

Estudios antropológicos sobre sociedades segmentarias no-occidentales han mostrado la importancia de la articulación, entre los grupos involucrados, de relaciones recíprocas de oposición y de solidaridad. La implicación política de esas relaciones ha sido observada en el caso de todas las sociedades que se conforman a ese modelo, al igual que el papel del conflicto y de la guerra en tanto que reveladores de las unidades comprometidas en la vida política (Balandier 1976:64). Las causas de los conflictos pudieron tener diversos disparadores, sin embargo, el desarrollo económico preinca en los Andes Meridionales, expresado en una intensificación de las áreas agropecuarias, sugiere indirectamente un crecimiento demográfico y, por lo tanto, un factor causal de base: las disputas por el dominio sobre las fuentes de agua y las tierras fértiles para agricultura y pastoreo. Del mismo modo, debieron existir tensiones en relación con el acceso a las redes de intercambio y al tráfico de bienes por medio de caravanas de llamas (Núñez y Dillehay 1979). Los *pukaras* parecen haber cumplido una doble función estratégica: hacia afuera habrían protegido las cabeceras o núcleos principales de enemigos externos; hacia el interior de las comunidades locales, habrían tenido por fin establecer límites con los vecinos, con los cuales debían entablar tanto relaciones de solidaridad y alianzas defensivas como de distancia y autonomía. Por ende, tanto el intercambio como la guerra habrían sido dimensiones fundamentales de la vida política estableciendo una relación estructural entre sí y actuando como auténticos motores de la vida social, de acuerdo con los estudios de Pierre Clastres (2004:68, 71).

La red de *pukaras* sería el reflejo materializado en el paisaje de una organización política segmentada en varios grupos, equivalentes políticamente entre sí o articulados en diversos grados de jerarquía, que se congregaban en federaciones más amplias para los fines de defensa y de circulación económica. Un solo *pukara* perdido en el paisaje serrano no tenía fuerza, lo importante era la existencia de una serie de poblados altos, articulados entre sí en una dinámica red de relaciones económicas, políticas y simbólicas (Platt 1987; Arkush 2010).

Por nuestra parte, hemos planteado junto con otros autores que la noción de *pukara* en los Andes va más allá de la concepción de fortaleza, que sin duda implica, dado que en su concepción se superponen dos dimensiones simbólicas, una que alude a la Madre Tierra, la *Pachamama*, y otra que se asocia a los antepasados, como señalara Gabriel Martínez para los Andes Meridionales (1989: 41). De ahí que la conjunción de *chacras*, instalaciones básicamente agrícolas, y el *pukara*, como centro social, político y religioso, constituya una metáfora del Período de Desarrollos Regionales o Intermedio Tardío en los Andes del Sur (Tarragó 2000:267). Se podría considerar, a su vez, que esta nueva forma de asentamiento constituye una expresión arquitectónica de las condiciones sociopolíticas de la época tardía y que, como tal, no sólo fue el resultado sino que participó activamente en la creación de nuevas formas de organización social.

Las fuentes históricas de la Colonia temprana se hacen eco de estas condiciones. Cieza de León [1553] informa que los indios del altiplano andino antes de los incas vivían en pueblos «fortificados» en la parte alta de cerros, dado que «hacían la guerra».

Otros hacían en los cerros castillos que llaman pucaras, desde donde, ahullando (ha-

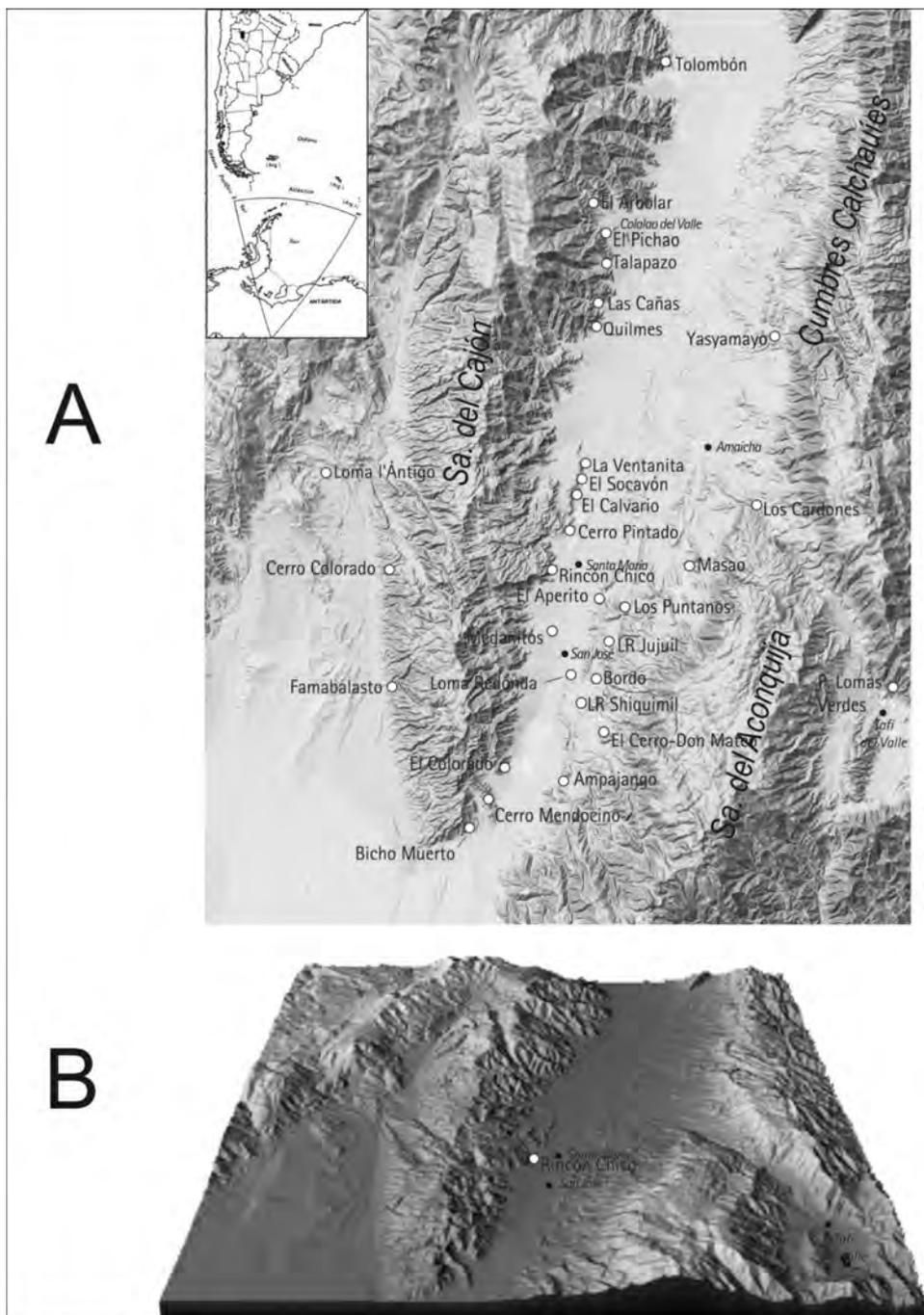


Figura 1. El valle de Santa María en imágenes satelitales SRTM. A, Ubicación de poblados tardíos; B, Modelo de elevación digital del valle, ubicación de Rincón Chico.

blando) con lenguas estrañas, salían a pelear unos con otros sobre las tierras de labor o por otras causas y se mataban muchos dellos, tomando el despojo que hallaban y las mugeres de los vencidos; con todo lo cual iban triunfando a lo alto de los cerros donde tenían sus castillos y allí hacían sus sacrificios a los dioses en quienes ellos adoraban, derramando delante de las piedras e ídolos mucha sangre humana y de corderos (Parte II, cap. IV, 1973:15)

Por su parte, Guaman Poma precisa que en la época de los *Awqa Runa*, peleaban por «sementerías y chacaras y aseccyas de agua y pastos» ([1613] 1980: foja 64, p. 52).

Para avanzar desde la arqueología en temas tan complejos es necesario que las investigaciones cuenten con planos detallados de la malla arquitectónica de los poblados y que ésta se presente inserta en las geoformas de emplazamiento y en su vinculación con la morfología del espacio regional. En este sentido, partimos de una concepción dinámica de *paisaje* que contempla las tres dimensiones básicas: espacial, temporal y social (Wynveldt y Balesta 2009) y desde un enfoque que prestigia la construcción social del mismo a través de la práctica de los actores sociales y la incidencia de estructuras y condiciones sociohistóricas independientes a través del *habitus* (Bourdieu 1989, 2007). Por otro lado, la noción de paisajes debe contemplar la ambigüedad y la contradicción y tomar en cuenta que la gente, las cosas y los lugares están siempre «en proceso» de construcción y que las fronteras y el «entre-medio» están imbricados y son permeables (Bender 2006). Para tal fin vamos a analizar el caso de Rincón Chico derivando algunas propiedades y tendencias del espacio regional más amplio (Fig. 1).

El plano del poblado-*pukara* de Rincón Chico 1

Ubicada a poca distancia al sudoeste de la actual ciudad de Santa María, Catamarca, la localidad arqueológica abarca alrededor de 500 ha, en las que se suceden construcciones de diverso tipo, unidades domésticas, instalaciones de trabajo artesanal y áreas de tránsito. Hasta el presente se han registrado 37 sitios arqueológicos contenidos en esa superficie conformando un paisaje arqueológico complejo donde la mano del hombre antiguo produjo sensibles modificaciones del medio ambiente circundante. También es notable el agrupamiento de sitios del piedemonte, en torno al anfiteatro topográfico dominado por el morro rocoso. A medida que se alejan de este centro, las instalaciones se dispersan hasta desaparecer en la faja de espacio cultivado. Al área total calculada habría que sumarle los sectores agrícolas subyacentes a la ocupación actual de las comunas de Lampacito y Chañarpunco, en la banda izquierda del río Santa María, y los relictos de cuadros agrícolas muy borrados, al norte de la quebrada de Rincón Chico, en dirección al conoide de la Virgen Perdida (Fig. 2).

Dominando el conjunto del paisaje circundante se levanta sobre los espolones rocosos de un cerro de la Serranía del Cajón, el poblado de Rincón Chico (RCh1). El Sitio 1 es, por lejos, la unidad más compleja e incluye la mayor cantidad de estructuras. Corresponde al ya mencionado núcleo conglomerado instalado en la cima y piedemonte del cerro. Su prospección y relevamiento planimétrico, utilizando brújula taquimétrica, demandó considerables esfuerzos y la realización de más de cinco campañas dedicadas a tal fin, entre 1988 y 1994, además de observaciones complementarias posteriores a esa fecha. Esa etapa de levanta-

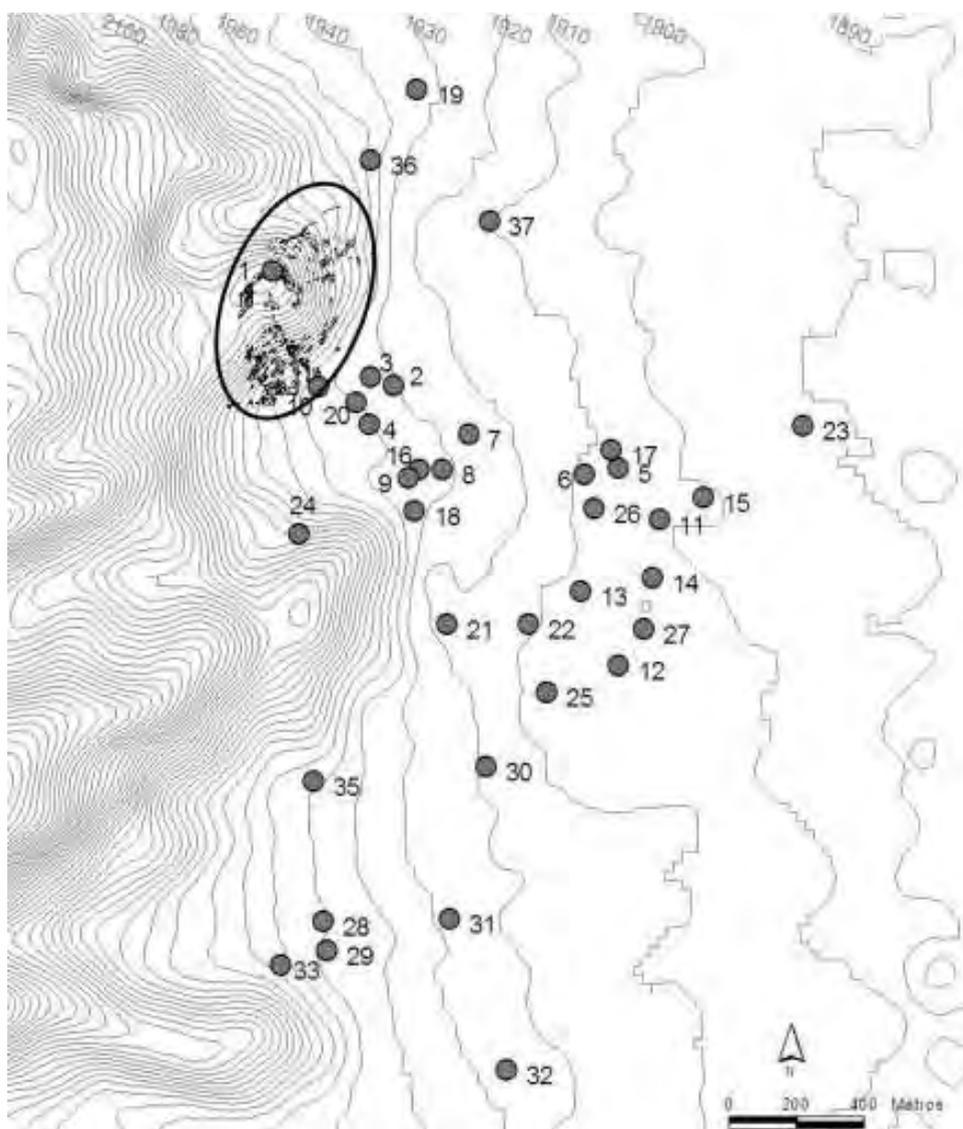


Figura 2. Topografía del Sitio 1 y ubicación de los 37 sitios de Rincón Chico.

tamiento combinó calcos de la geoforma a partir de un fotograma ampliado, llevado a cabo por Sergio Caviglia (Tarragó 1987:184-185, Figs. 1-6) y el levantamiento de planos por tramos, con el dibujo de cada estructura a escala 1:100, tarea trabajosa pero que tuvo la virtud de registrar detalles arquitectónicos y desplomes, datos que cobran real impor-

tancia en vista a futuras investigaciones².

² El equipo de levantamiento estuvo integrado por Marcelo Magadán, Sergio Caviglia, Luis R. González, Susana F. Renard, Roberto Copello y la que suscribe, con la participación de una gran cantidad de colaboradores y estudiantes en las sucesivas campañas. V. Agradecimientos.

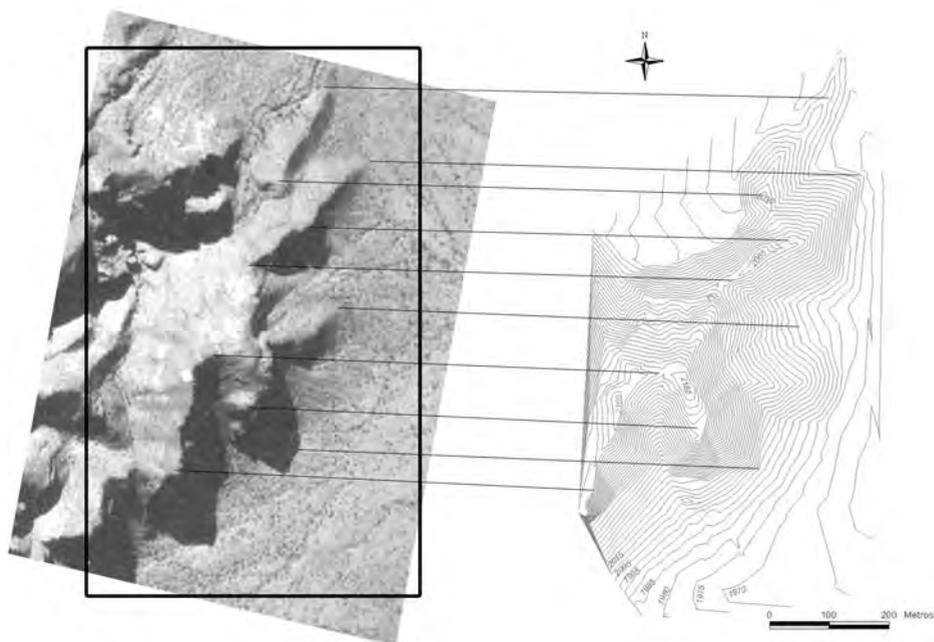


Figura 3. Representación de la topografía del cerro de Rincón Chico por interpolación de curvas de nivel.

El tamaño del sitio (estimado en aquel momento en 40 ha), la fragosidad del cerro, las grandes diferencias de altura (más de 200 m desde la base) y la imprecisión inherente al aparato utilizado, coadyuvaron a sumar errores de correlación entre sectores, particularmente, el desplazamiento hacia el norte de la Quebrada del Puma, por lo cual sólo pudo presentarse la planimetría sin las curvas de nivel (Tarragó 1995: Fig. 3).

En los meses de noviembre de 2008 y marzo de 2009, se efectuaron las actividades relacionadas con el revelamiento arquitectónico y topográfico realizado con el propósito de corregir y enmarcar topográficamente el sitio arqueológico Rincón Chico 1. Este trabajo ha sido llevado a cabo por la Lic. Sonia Lanzelotti con la colaboración de Marcelo Lamamí. Las tareas de campo se realizaron con una Estación Total marca Trimble, modelo 3600. La misma se utilizó

para el registro de puntos planialtimétricos, topográficos y arqueológicos. La sectorización del espacio y la identificación de estructuras arqueológicas se basaron en los planos levantados previamente por el equipo. La georreferencia general de los sitios de la parte baja (n° 2 a 37) se realizó con GPS marca Garmin, Modelo 76 CX. La integración de todos ellos se llevó a cabo en el entorno de trabajo GIS, utilizando el programa ArcView 9³.

El Modelo de Elevación Digital (DEM) del Valle de Yocavil se elaboró utilizando como información de base las imágenes satelitales S27W066.hgt y S27W067.hgt del Radar SRTM, tomadas por la NASA y disponibles gratuitamente, previo registro, en la web. Se trata de imágenes de 90 m de

³ La licencia fue adquirida en 2008, con el subsidio PICT 34511 de ANPCyT.

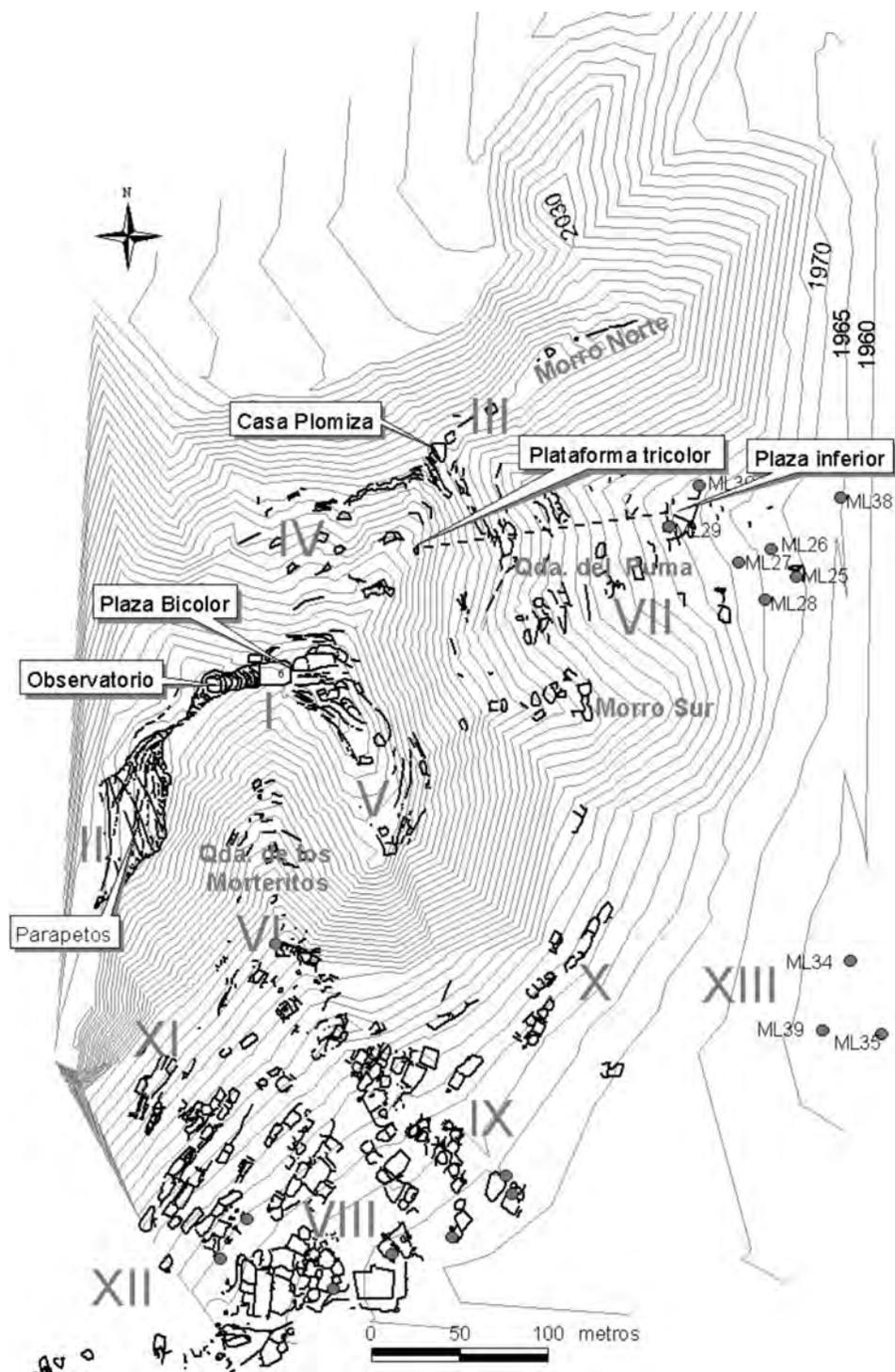


Figura 4. Plano completo de Rincón Chico 1. Estructuras en cumbre y piedemonte.

resolución de píxel y 1 m de resolución de altitud, que se utilizaron para generar, por interpolación, las curvas de nivel (Wheatley y Gillings 2002). Dada la escala, se establecieron curvas de 10 m de equidistancia para el valle en general. Para el sitio Rincón Chico se crearon curvas de nivel de mayor resolución, utilizando los puntos tridimensionales registrados con la Estación Total. De este modo, las curvas de nivel para este sitio tienen una equidistancia de 5 m. La superficie relevada abarcó una superficie total de 395.704 m² (39,6 ha). El punto topográfico más bajo se ubica a 1.956,04 msnm, en tanto que el punto más alto se encuentra a 2.164,26 msnm. Se cubrió, por lo tanto, una altitud de 208,22 metros, que se corresponde con la altura real del cerro donde se emplaza el sitio 1 (Fig. 3).

La unidad básica de edificación está dada por la combinación de recintos rectangulares u ovals, intercomunicados. En las zonas escarpadas, la unidad suele estar dada por un recinto rectangular que abre a una explanada o plataforma, a modo de *balcones*. En pocos casos se asocia, además, un recinto circular. La característica constructiva más sobresaliente se expresa en los bellos muros curvados que miran hacia la pendiente, mientras que los muros transversales y la pared interna, que se apoya sobre la ladera excavada, suelen ser rectos. Otro atributo está dado en la forma de levantar las paredes, que son de doble aparejo de lajas y bloques de piedra seleccionados, muchas veces labrados, rellenos con una mezcla de tierra con ripio y sostenidos por medio de una fuerte argamasa, aparentemente de composición calcárea, que se solidifica en contacto con la humedad ofreciendo una textura pétreo. Su ancho varía entre 1 m y 1,50 m. Los cimientos fueron reforzados a espacios regulares por lajas o grandes bloques verticales. En muchos edificios especiales,

por su magnitud y morfología, se agrega el juego de color alternándose bloques de color negro humo (esquistos, pizarras), rosado rojizo (pegmatita) y blanco (cuarzo lechoso) (Reynoso 2003: Figs. 5, 6 y 8). Este tipo de estructuras se disponen por toda la cumbre y en la ladera del cerro. Corresponde señalar que este rasgo es peculiar de las sociedades de Yocavil, hacedoras del estilo cerámico Santa María, modalidad arquitectónica que se distingue netamente de las técnicas constructivas incaicas presentes en la región del NOA.

En la zona del piedemonte, en su unión con la parte superior del conoide, se asocian otras clases de estructuras habitacionales: por un lado, recintos circulares vinculados con espacios rectangulares anexos, incluyendo megalitos con morteros múltiples, y por otro, grandes rectángulos, con anchos muros dobles, en los sectores VIII y IX, pero con mayor presencia en el primero. El caso más notable por sus dimensiones es la estructura rectangular n° 116.

Un primer cómputo, en 1992, mostró la existencia de 300 estructuras visibles. De este número, 239 correspondían a recintos delimitados por paredes de piedra, de diversas formas de planta, tamaños y estados de conservación. El resto se trataba de espacios nivelados adyacentes a los recintos y conectados con ellos, reconocidos como explanadas o plataformas. A esta primera estimación, se sumaron 65 estructuras más en los últimos relevamientos alcanzando un número mínimo de 365 estructuras (Fig. 4).

Para el estudio y adecuado registro de las unidades arquitectónicas, el área del conglomerado fue subdividido en sectores (I a XIII), atendiendo a condiciones topográficas de escurrimiento y de discontinuidad espacial relativa. El Sector I abarca la cumbre del cerro, alrededor de la cota de 2.155 msnm; el S. II, el sistema de muros escalo-

nados en zigzag con parapetos (grandes lajas verticales apoyadas contra la pared interna de los muros) en la ladera occidental. El S. III, Abra del Sol y Morro Norte, se emplaza sobre un estrecho filo, de difícil ascenso. La cumbre se prolonga en un impresionante talud septentrional que baja abruptamente hacia la encajonada quebrada de Rincón Chico (S. IV). Desde la cumbre, se desciende hacia el sudeste a otro escalón, que marca uno de los extremos del anfiteatro de erosión (S. V). Dicho anfiteatro define en su parte alta el S. VI, que actúa como cuenca del escurrimiento estival del Arroyo de los Morteritos, nombre dado por Salvatierra (1959), descubridor del sitio, debido a la presencia de varios morteros inmuebles, cavados en grandes bloques de cuarzo y pegmatita que atraviesan el cauce. En el extremo norte de la instalación, por debajo del S. III, se extiende la Quebrada del Puma, delimitada netamente por dos de los espolones rocosos (Morro Norte y Morro Sur) que se desprenden del macizo montañoso —y que conforman el S. VII.

En la falda E-SE del cerro y del piedemonte anexo, se despliegan cuatro segmentos constructivos que integran el poblado bajo, el más denso del asentamiento (S. VIII) al pie del cerro, al sur del Arroyo de los Morteritos; (S. IX) posición similar, al norte de dicho arroyo; (S. X) niveles constructivos escalonados sobre la ladera del monte, por encima del sector IX; (S. XI) estructuras en terrazas escalonadas con muros de contención por encima de VIII. Por último, en la parte más llana que se sucede hacia el sudeste, se han registrado algunos recintos dispersos como S. XII (Tarragó 1998: 215). Con posterioridad a este registro, se descubrieron una serie de grandes peñascos naturales (megalitos) en el borde oriental, por fuera del espacio edificado, que están marcados antrópicamente por morteros o por «burdos cer-

cados» de bloques de piedra designados como S. XIII (González y Doró 2004).

El carácter defensivo del cerro está constituido, en primer lugar, por la naturaleza escarpada del morro que se compone de dos largos farallones verticales hacia el este-sudeste y el talud-farallón norte, que cae a pique hacia la Quebrada de Rincón Chico. En segundo lugar, el S. II que se emplaza sobre la ladera occidental más vulnerable, está conformado por seis líneas de muros que se escalonan hasta la cima, cada una con un solo acceso ubicado en distinto lugar del recorrido de tal modo que el ascenso se vea trabado. Este trazado se complementa con otro atributo fundamental, los parapetos, formados por grandes lajas paradas que se apoyan a espacios regulares en el lado interno de cada muro. Estos parapetos fueron mencionados por Salvatierra (1959) y por Márquez Miranda y Cigliano (1961), les llamó la atención a ambos la singularidad de este atributo. La línea mejor conservada en altura es la que se emplaza sobre el punto más alto del cerro, llegando el muro a 1,50 m de alto, mientras que en las restantes el desplome es muy fuerte. Como proponen Arkush y Stanish (2005), detrás de estas salientes, podían guarecerse los defensores y desde allí lanzar, con gran fuerza, piedras con hondas hacia los posibles agresores que intentaran escalarlo. Cabe señalar que habría existido una vertiente de agua potable en este sector, según información de un poblador local, que ahora se ha secado debido a la intensa explotación del acuífero por parte de la vitivinicultura (Fig. 5 a y b).

En función de las características ya señaladas, existen sólo dos accesos para ingresar a la cima (S. I): por el Morro Norte (III) y desde el poblado, por el Arroyo de los Morteritos y el anfiteatro de erosión (VI), de lo que se deriva una *circulación pautada y circunscripta* con claras restricciones para el tránsito.

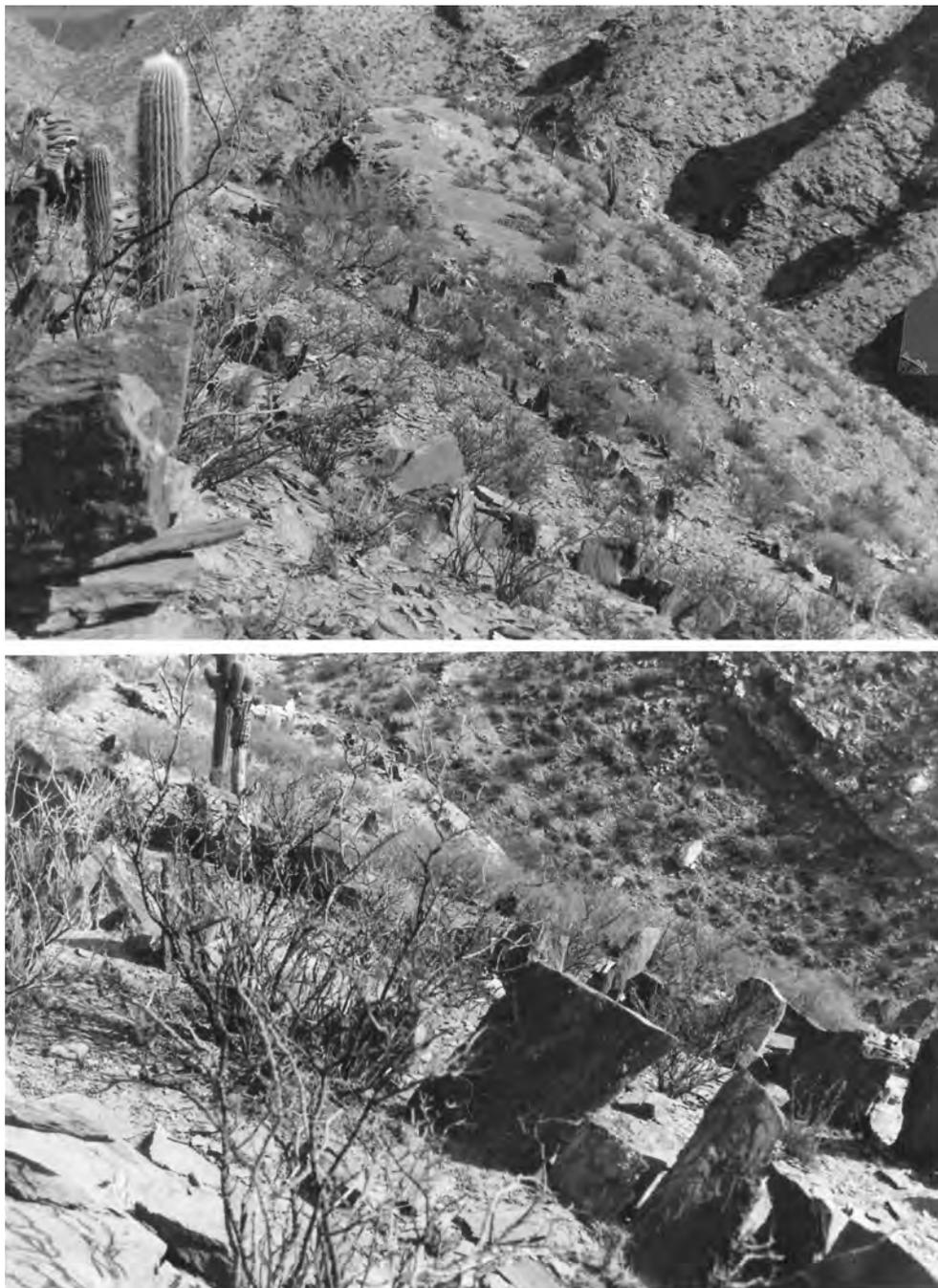


Figura 5. Sector II. A, Líneas de muros con parapetos; B, Detalle.

El registro minucioso de las edificaciones y su análisis posterior han posibilitado reconocer una serie de edificios especiales que se destacan del conjunto por su manufactura y por el emplazamiento. La *plaza bicolor* (estructura n° 6) pertenece al S. I, conformado por 13 recintos, y se caracteriza por un juego estético y simbólico en la arquitectura haciendo uso de piedras grises (esquistos y pizarras) y rosadas (pegmatitas). En la estrecha explanada que une el morro sudeste con el morro oeste se ubica esta estructura, un gran rectángulo de 22 x 12 m de luz interior, limitado por muros no muy altos. La mitad occidental es rosada tanto en el piso como en sus paredes, y la mitad oriental, gris humo. Ha sido claramente aplanada y preparada con un empedrado artificial para establecer este espacio de ca. 250 m² (Reynoso 2009:81). Por este corredor se asciende, hacia el poniente, hasta un punto más elevado donde fue emplazado un edificio circular, de 9,20 x 8,50 m (n° 7) propuesto como *observatorio*, por su amplia visual hacia el oriente y hacia el ramal sur del Aconquija, donde se elevan los majestuosos nevados.

La *casa plomiza* (n° 57) está emplazada en el estrecho filo del S. III, el Abra del Sol. De edificación muy cuidada, es uno de los más bellos edificios de RCh1. Esto se debe al empleo de pequeñas lajas esquistosas de color negro arregladas en un doble aparejo, que caen a plomo. Todavía se observa el pasillo de ingreso por el sur y la pared externa, que mira al precipicio, describe la típica curva o parábola, y se conservan, en hilera vertical, tres bloques de cuarzo blanco tallados en forma prismática (Tarragó y González 2004: Fig. 7).

Hacia el sur de este edificio y en el mismo sector, pero a 40 m más arriba, sobre el filo o ángulo de quiebre entre el talud norte y la Quebrada del Puma, se levanta la *plata-*

forma tricolor (n° 304), de cuidada factura y planta semicircular con un radio de 4 m y un muro perimetral de casi 10 m de largo. En la cara externa se combinan en forma de líneas imbricadas, los tres colores de las oscuras pizarras, el rosado rojizo de las pegmatitas y el niveo cuarzo que ocupa el núcleo central. Se ha planteado que esta estructura pudo cumplir las funciones de un *mochadero* (del verbo *mochar*, ofender) o lugar ritual. El *edificio de los ojitos* (n° 72) y la *plaza inferior* (n° 111) se encuentran alineados con la *plataforma tricolor* y sobre este eje se oculta el sol en el solsticio de verano (Reynoso 2003). En estos dos casos también se ha trabajado el juego de piedras de color en los aparejos murarios. En el caso de la plaza 111, de 190 m², se ha comprobado esta decoración tanto en el paramento externo como en el interno con un diseño en damero tricolor, representación central en el estilo Santa María temprano (Tarragó y González 2004: Fig. 8). El conjunto de los estudios realizados ha llevado a plantear que la Quebrada del Puma habría conformado un gran espacio ceremonial señalado por estas estructuras y otros marcadores del paisaje como los *megalitos* que delimitan el área, en especial hacia el oriente (Reynoso 2003; Tarragó y González 2004) (Fig. 6).

Excavaciones arqueológicas en Rincón Chico 1

Las grandes dimensiones y la complejidad arquitectónica del poblado-*pukara* de Rincón Chico nos llevó a plantear una investigación que permitiera abarcar el conjunto a través de una técnica de muestreo en la cual estuvieran representadas las distintas variables de modalidad arquitectónica y de emplazamiento en los distintos sectores del asentamiento. Los objetivos básicos que nos guiaron fueron: 1) obtener in-

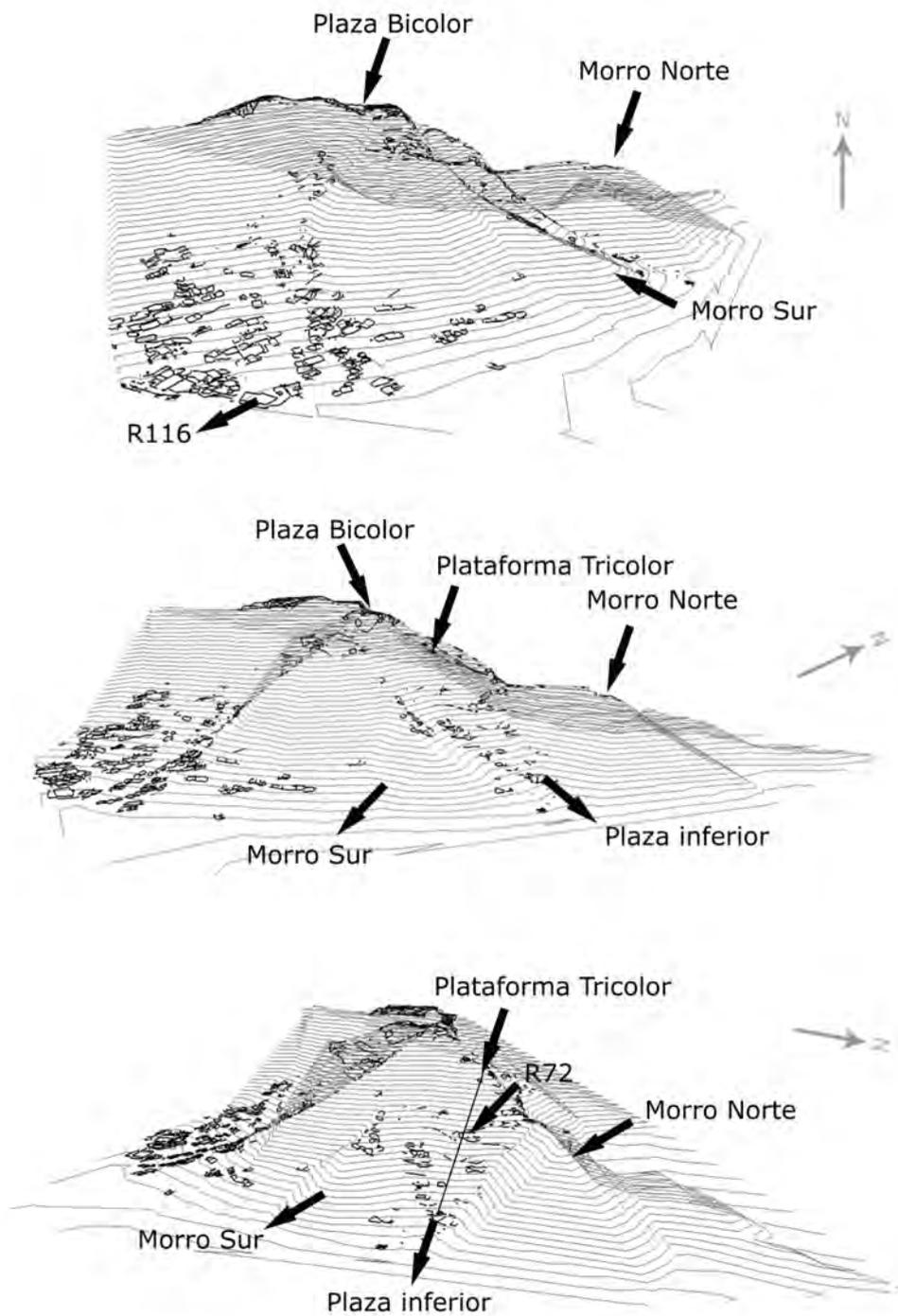


Figura 6. Modelo de elevación digital. Rotación de sur a norte. Estructuras arqueológicas destacadas.

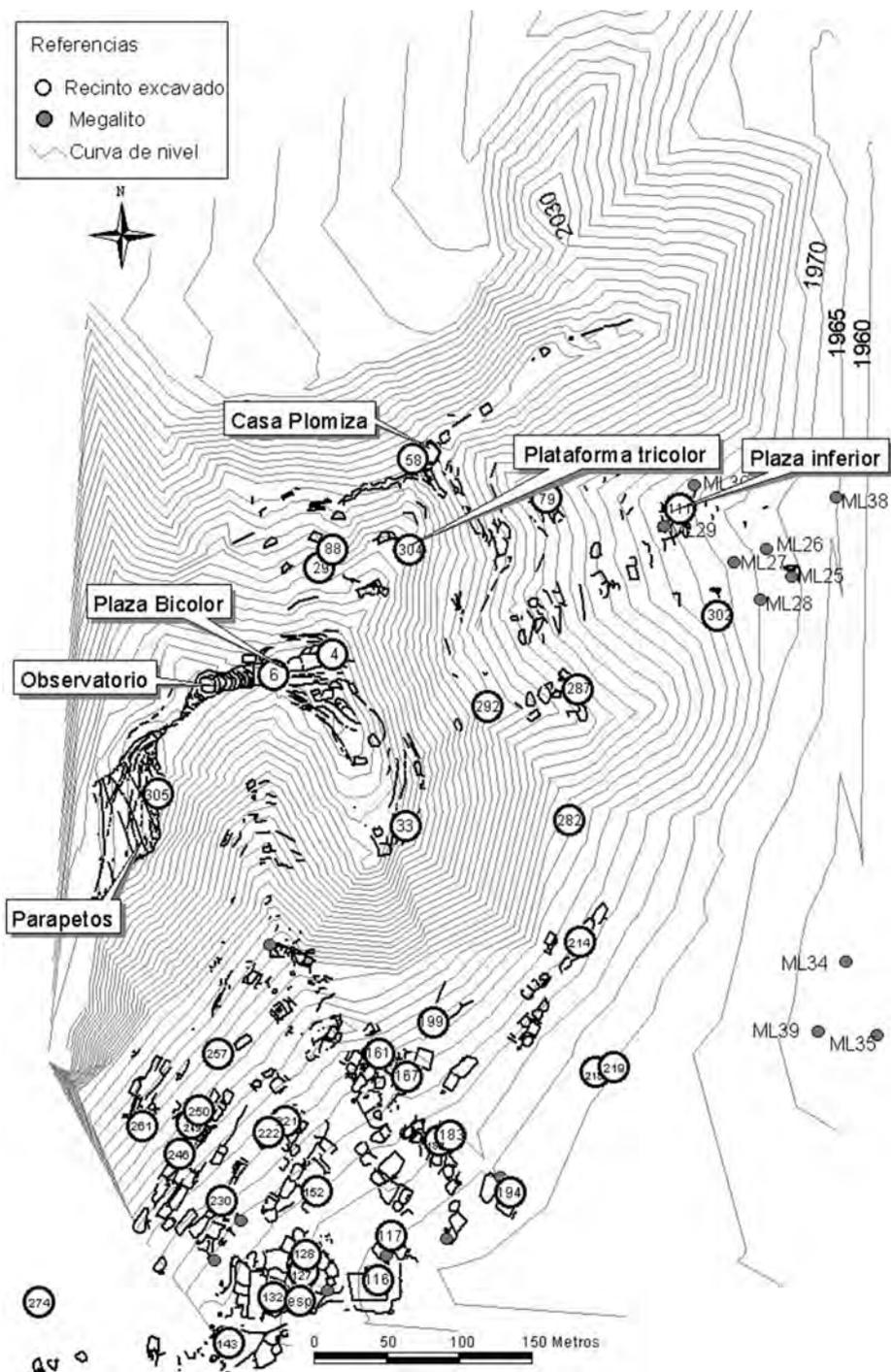


Figura 7. Ubicación de las excavaciones arqueológicas efectuadas en RCh1. Estructuras delimitadas por círculos y Megalitos 25, 35, 39.

formación cronológica a fin de establecer el lapso temporal y la secuencia de crecimiento del poblado; 2) registrar la variabilidad intersectorial en la distribución de restos culturales y técnicas constructivas; 3) tomar conocimiento de la potencia de los sedimentos, la estratigrafía de los depósitos en los distintos sectores y las perturbaciones post-deposicionales; 4) recopilar información para seleccionar lugares del sitio para ser sometidos a excavaciones de mayor envergadura.

A tal fin, se encaró el diseño de un programa de muestreo que permitiera atender satisfactoriamente a estos objetivos, se adecuara a los recursos y tiempo disponibles, fuera de aplicación práctica y redujera al mínimo la violación de los restos arqueológicos. Por una parte, las evidencias arquitectónicas de superficie y su disposición en el espacio mostraban una variabilidad que aconsejaba establecer una jerarquización interna en el universo muestral. Por otro lado, era importante recuperar de las unidades de muestreo información de similar valor comparativo, dejando lugar, además para la aparición de evidencias que no estuvieran incluidas en las expectativas previas, a través de atender puntos del sitio que, en una excavación estrictamente dirigida, probablemente no hubieran sido considerados (Tarragó, Renard y González 1992). Sobre la base de 253 recintos registrados, se seleccionó una muestra de 34 estructuras (13,43%) por muestreo al azar simple, según forma, tamaño y ubicación en los distintos sectores del poblado, a fin de hacer una excavación exploratoria no dirigida en el interior de los mismos. La unidad de intervención, seleccionada también por muestreo al azar simple, fue de 1 m² cubriéndose 21 estructuras durante la campaña de 1992, y las 13 restantes, en 1995 (Mueller 1979). En varios de los casos, debido al derrumbe de los muros, se hizo necesario ampliar la excava-

ción a 2 m² o a una extensión mayor. Este cubrimiento permitió tomar muestras de un volumen constante, para ser procesadas por el método de flotación. Se flotó 1 litro de sedimento extraído al azar, por cada uno de los niveles excavados en cada cuadrícula del muestreo. La aplicación de este método permitió recuperar pelos, fibras, semillas, hojas, raicillas, guano, espículas de carbón, conchillas, microlascas de obsidiana, cuentas de collar, entre otros materiales (Arriaga, Renard y Alliscioni 1994). En todos los casos, se determinó el piso de ocupación, a una profundidad de 0,20 a 0,70 m bajo superficie, y los rasgos asociados al mismo como estructuras de combustión, restos de fauna, industria lítica y fragmentos de cerámica. En los recintos en que se contó con una buena muestra de carbón vegetal, se efectuaron fechados por radiocarbono.

Como antecedente de estas excavaciones, se tomaron en cuenta las intervenciones de Márquez Miranda y Cigliano (1961) en Rincón Chico. Estos investigadores excavaron la *casa rosada* (n° 10, S. I) en forma completa, y se descubrió una remodelación que obtuvo un vano de ingreso en el muro occidental generando una especie de *nicho*. Por otra parte, descubrieron un entierro de un párvulo en urna Santa María Bicolor tapada con una laja, debajo del piso de ocupación en el rincón Noroeste (1961:187-188). Del mismo modo, despejaron en el barrio del sudeste la estructura n° 31 (S. V), de excelente factura en pizarra plomiza y con un vano de ingreso al que se accede por medio una rampa. Es posible, también, que hayan excavado la *casa plomiza* n° 57, del S. III, dado que está libre de relleno aflorando la roca madre.

A los sondeos por muestreo se sumaron otras intervenciones por el método de *excavación en área*, sea por la necesidad de definir determinados rasgos y la naturaleza de

ciertas estructuras o por la aparición no intencional de restos. En consecuencia, se han efectuado intervenciones en 45 estructuras de RCh1 incluyendo los megalitos del S. XIII (Fig. 7).

Comentamos a continuación algunos de los hallazgos más importantes. En 1992, se efectuó el rescate de una tumba que contenía cuatro individuos adultos en la estructura 116 (S. VIII). Se trata de una de las más grandes construcciones del poblado, de 384 m² (24 x 16 m), de forma y tamaño similar a los *canchones* de las unidades constructivas del conoide y que es absolutamente excepcional en el Sitio 1. La estructura funeraria constaba de un simple muro semicircular que se apoyaba en el paramento interno de la pared oriental del gran recinto, aflorando a ras del relleno actual. Es decir, no era una cámara subterránea. Los esqueletos, en mal estado de conservación, estaban flexionados, uno era de sexo masculino, otro femenino y los dos restantes, indeterminados. La aparición de un alfiler de hueso muy pulido entre los restos del individuo femenino confirma la adscripción de género dado que el *topu* es un elemento típico del atuendo femenino en los Andes, ampliamente registrado en las ofrendas de los santuarios de altura de los Incas, entre otras evidencias (Baffi y Frascaroli 1992).

En la Quebrada del Puma, Alejandra Reynoso y Marina Marchegiani abrieron, en 2001, dos cuadrículas de 4 x 4 m en la estructura 111, de 190 m², y se comprobó que se trata de un espacio abierto (*plaza*) rodeado por un muro perimetral bajo, decorado con bloques de los tres colores tanto en su cara interna como externa (Reynoso 2003).

La *plaza bicolor*, estructura 6 de la cuspide, fue objeto en 2005 de una interesante indagación, a cargo de Alejandra Reynoso y Gerónimo Pratolongo, pudiéndose comprobar que se trata de un espacio abierto de

250 m², rodeado de un muro perimetral bajo y que su aspecto bicolor –gris humo hacia el oriente y rosado rojizo hacia el oeste– se debe al contacto de los afloramientos de filitas metamórficas y pegmatitas, respectivamente. Estos afloramientos fueron sujetos a un aplanamiento interior y se seleccionaron también los bloques de las paredes para acentuar el efecto bicolor. Como eje longitudinal, se yergue un peñasco rosado desde el basamento –posible *huanca* o mojón espacial y simbólico– alrededor del cual se registró un contexto ritual integrado por dos áreas de combustión de cenizas, un relleno intencional de sedimento limo arenoso y la ubicación de un molino de mano depositado con la superficie activa hacia arriba y guardado en un foso excavado contra la cara sudeste del peñasco. En torno al molino se registraron dos bloques de pegmatita clavados verticalmente y otro acostado, marcando tal vez el lugar de guardado del artefacto. La ejecución de otras dos cuadrículas junto a uno de los muros y cortando otro permitió recuperar numerosos fragmentos de una urna y algunos trozos de otra vasija Santa María Tricolor y de un *puco* Loma Rica Bicolor. La primera, dispuesta en el sector de relleno del muro doble, podría haber contenido originalmente el entierro de un niño (Reynoso 2009:79).

Los mismos investigadores indagaron la composición del relleno de la estructura 304 (*plataforma tricolor*) y corroboraron su naturaleza de explanada rellena sostenida por un ancho muro de contención que delimita un espacio curvo de 4 m de ancho máximo, emplazado en la parte más alta del filo del Abra del Sol, S. III. Se recuerda que se ha propuesto como hipótesis que esta construcción habría operado como un *mochadero* para la ejecución de ceremonias públicas, de índole ritual, de acuerdo con los testimonios dejados por los padres jesuitas que

trataron de evangelizar las poblaciones locales, a comienzos del siglo XVII (González 1983; Tarragó 1987; Reynoso 2003; Tarragó y González 2004).

Por otro lado, durante el levantamiento del plano se detectó, en 1995, un área por fuera del espacio construido, al pie de la ladera y en el tramo superior del conoide, que comprende grandes bloques rocosos desprendidos antiguamente del tronco montañoso, por procesos de orogénesis. Denominados por nosotros *megalitos*, están *marcados* por medio de una dos líneas de bloques que los circundan, y además, en muchos casos, poseen varios morteros en la cara superior. Las excavaciones en área llevadas a cabo en cuatro de ellos (ML n° 25, 34, 35 y 39) demostraron que hubo actividad humana a su alrededor, de la cual se conservan diversos vestigios que apuntan a usos rituales y funerarios. En el ML 25, del S. VII, se excavó una superficie de 23,25 m² al este y por debajo de la línea de goteo. Se recuperaron restos humanos fragmentarios correspondientes a dos individuos, un adulto y un subadulto, que se encontraban depositados a 0,20 m bajo superficie, al oriente del peñasco en un espacio delimitado por un muro simple (González y Doro 2004:150; Tarragó y González 2004: Fig. 9). A la vez, en el ML 39, merced a una excavación de 20 m², se rescataron restos óseos humanos de un adulto y un semiadulto. Este último habría estado depositado dentro de una urna Santa María, fase V (Perrota y Podestá 1978), que se halló fragmentada en el lugar al igual que partes del *puco*-tapa del mismo estilo. Existía una línea de muro que delimitaba una plataforma hacia el norte del peñasco y había gran cantidad de piedras menudas. Por los datos de excavación, los cuerpos fueron dispuestos dentro de la estructura de piedras que conformaba la plataforma, sin cavar el terreno (González y Doro 2004: Fig. 5). Probable-

mente el adulto fue colocado sentado dentro de su fardo funerario y el púrvulo en el interior de la vasija, apoyados ambos contra el peñasco y cubiertos por piedras, una modalidad tardía que documentó Ten Kate (1896: 13-14) en la región calchaquí.

Las asociaciones contextuales recuperadas de las diversas excavaciones brindan un conjunto de datos significativos, además de las evidencias corrientes de restos de fauna, industria lítica y cerámica fragmentada dentro de la cual siempre se reitera el predominio cercano al 50% del estilo Santa María (Tabla 1).

Tabla 1. Porcentaje de estilos cerámicos de excavación en Rincón Chico 1

	Fragmentos	Familias Fr.
Santa María	55,5%	43,3%
Peinado	26,0%	15,7%
Indeterminado	7,3%	14,9%
Alisado ordinario	4,0%	6,7%
Famabalasto Negro Grabado	2,0%	6,0%
Loma Rica / San José / Shiquimil	2,3%	5,2%
Alisados con baño	0,8%	2,2%
Belén	0,8%	1,5%
Negro / Rojo indeterminado	0,5%	1,5%
Pulido con Baño Rojo	0,5%	1,5%
Pulido Ante	0,3%	0,7%
Pulido Gris	0,3%	0,7%

Entre los hallazgos más sobresalientes se encuentra en el ML35 el fragmento de una campana oval de bronce con el motivo de las cabezas cercenadas, de ubicación tardía dentro de la época tratada, y la recuperación de una punta de proyectil de obsidiana con pedúnculo en ML36, además de varias en otros lugares (González y Doro 2004:155).

En el recinto circular n° 128, de la muestra procesada por flotación se obtuvo un vellón de pelo de llama teñido de rojo, hallazgo extraordinario para el área, debido a la pésima conservación de restos orgánicos no

carbonizados (Renard com. pers.). En el recinto 194, S. IX, la cuadrícula de muestreo más una ampliación de 1 m², permitió delimitar una estructura de combustión en cubeta rodeada de sedimentos rojizo-amarillentos, indicadores de alta temperatura, además de abundantes VFA (*vitrified fuel ash*). Todo sugeriría que allí pudieron ejecutarse etapas en la preparación de piezas metalúrgicas. En el recinto 214, la excavación en área de 16 m² proporcionó uno de los pocos artefactos completos hallados en el sitio, un hacha pulida de basalto con garganta y filo acentuado, además de un pan de arcilla, amasado con mezcla de fibras vegetales de 20 cm de largo; varias lascas de obsidiana y, en el ángulo NE del recinto, un cuerpo de vasija utilitaria, de contorno entrante, asas otomorfas adheridas y superficie peinada (Spano y López 2002).

Como resultado primordial de las excavaciones por muestreo y en área fue posible obtener muestras para realizar dataciones por C¹⁴. Hasta el momento contamos con

14 fechados para Rincón Chico 1 (sobre un total de 40 para la localidad) que nos ofrecen un panorama bastante definido en relación con la amplitud o rango temporal de ocupación, pero fundamentalmente de aquellos momentos de mayor intensidad de uso del poblado (Tabla 2).

Todas las fechas de RCh1 pueden considerarse como de buena calidad en cuanto a los grados de asociación muestra-evento (asociaciones «probables» y «altamente probables», de acuerdo con Greco 2010). Hemos priorizado la datación de carbones provenientes de estructuras de combustión domésticas en los pisos de recintos habitacionales, aunque también, cuando fue oportuno, pudimos datar inhumaciones humanas. Un caso especial es el de la estructura 6 (*plaza bicolor*), en donde los carbones proceden de lentes que remiten a eventos rituales de combustión en momentos de construcción y uso de dicho espacio (Reynoso 2009), por lo cual también son juzgados como confiables.

Hay tres casos de fechado de restos óseos

Tabla 2. Fechados radiocarbónicos de Rincón Chico 1

Cód. Lab.	Procedencia	Material	Método	Edad C14 años AP	Años dC Cal 1 S	Años dC Cal 2 S
LP 1336	ML 25	Carbón	Conv.	moderno		
Beta 162380	ML 39	Óseo (colágeno)	AMS	240 ± 40	1520 - 1960	1510 - 1960
LP 1350	ML 7 - R. 139	Carbón	Conv.	310 ± 60	1490 - 1650	1400 - 1800
LP 1426	E. 111	Carbón	Conv.	490 ± 70	1310 - 1480	1290 - 1630
Beta 131673	E. 302	Carbón	Conv.	560 ± 70	1300 - 1430	1280 - 1450
LP 990	E. 246	Carbón	Conv.	580 ± 80	1300 - 1420	1270 - 1450
Beta 162379	ML 25	Óseo (colágeno)	AMS	630 ± 40	1290 - 1395	1280 - 1410
LP 771	E. 161	Carbón	Conv.	720 ± 60	1220 - 1390	1180 - 1400
LP 1414	E. 214	Carbón	Conv.	830 ± 60	1150 - 1270	1040 - 1280
AC 1493	E. 116	Óseo (colágeno)	Conv.	950 ± 130	980 - 1220	750 - 1300

* Curva de calibración: IntCal04 (Reimer et al. 2004). Todos los fechados corregidos por Delta C-13 (Stuiver y Polach 1977): - 25 ± 2 o/oo (estimado para Carbón vegetal), excepto: AC 1493 (- 20 ± 2 o/oo, estimado para colágeno óseo); Beta 162380 (-11,9 o/oo, medido) y Beta 162379 (-9,8 o/oo, medido).

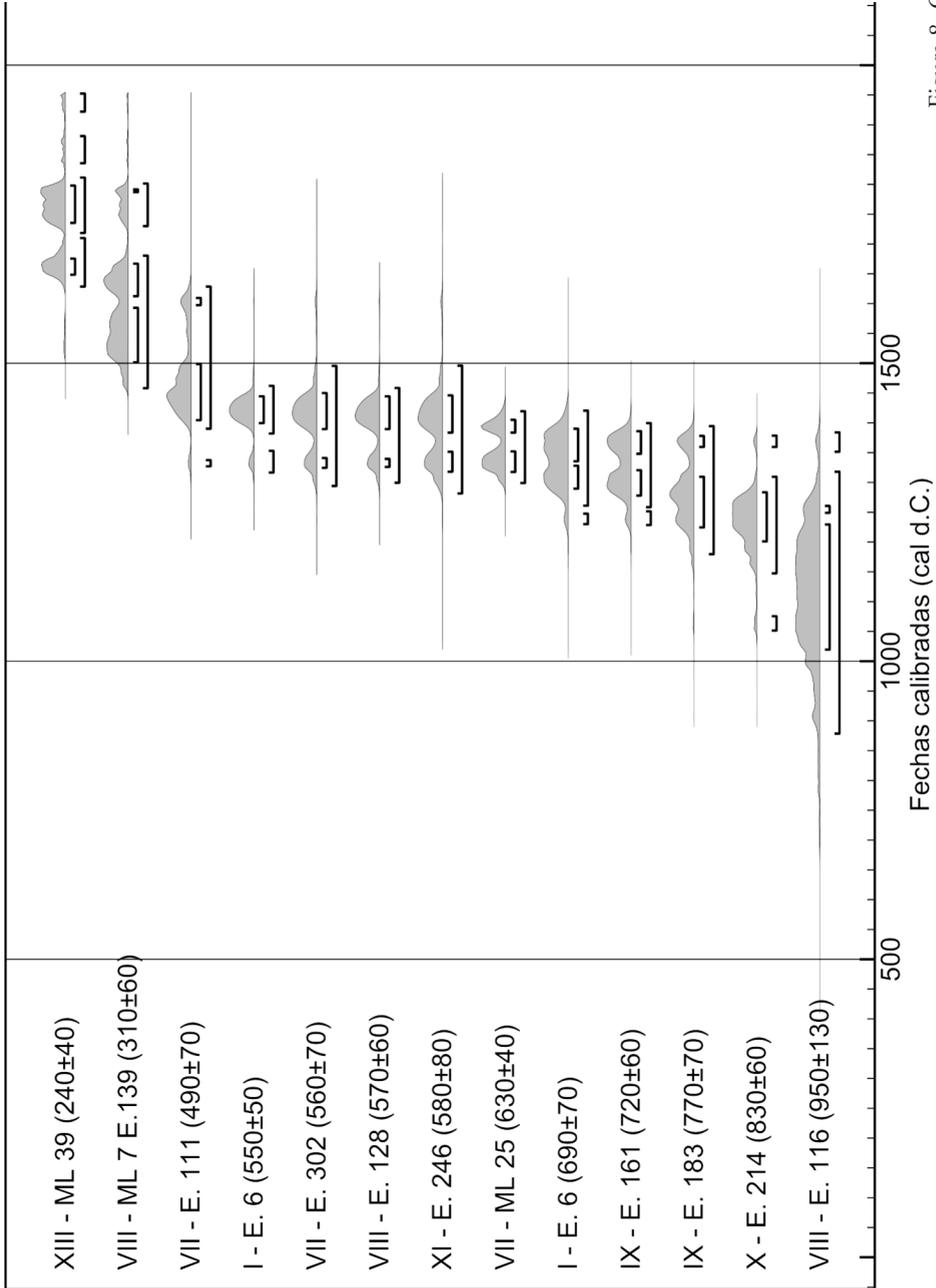


Figura 8. Gráfico con los fechados de Rincón Chico 1.

humanos (E. 116, ML 25 y ML 39), que corresponden a diferentes prácticas de inhumación, cuyas fechas se encuentran entre las más antiguas y las más modernas de la localidad y sirven para establecer los extremos de la ocupación. En los megalitos se encontraron restos humanos muy perturbados, pudiendo tratarse de inhumaciones superficiales, al abrigo de los peñascos y un pircado somero. En el caso del ML 39, la vasija Santa María bicolor (fase V *sensu* Perrota y Podestá 1978) fragmentada *in situ*, que debió contener los restos del sub-adulto, se vincula con una fecha de momento Hispano-Indígena o Colonial temprano. Como ya mencionamos, una urna bicolor (sin datos) fue encontrada por Márquez Miranda y Cigliano (1961:187) en la estructura 10, *casa rosada*, en la cumbre del sitio, posiblemente contemporánea.

En la estructura 116 donde se encontró la tumba semicircular, dispuesta por encima del nivel de ocupación y delimitada por una línea simple de piedras, se fechó uno de los cuatro individuos, lo que aporta el valor más antiguo para el sitio. Sin embargo, por debajo de este rasgo se encontró el piso de ocupación, sobre el cual se disponían algunos fragmentos cerámicos, uno de ellos (Santa María) fue fechado por termoluminiscencia en 420 ± 18 AP (valor preliminar, en análisis). Aunque no pueden compararse directamente los valores de una y otra técnica, refuerza la idea de la complejidad temporal de este depósito. Por la forma de colocación y la naturaleza de la estructura funeraria se pensó que era una modalidad tardía, posiblemente de finales de la ocupación, como planteamos en nuestro trabajo de 1998. Luego se pensó que esta fecha asignaba una ocupación más temprana al recinto 116 en relación con el resto del sitio (Greco 2010). En la reevaluación actual, nos parece más apropiado proponer que la

tumba se construyó en momentos tardíos, posiblemente cuando ya no se usaba más el recinto como tal, pero los cuerpos depositados en ella pudieron pertenecer a distintos momentos. Profundizando en esta línea hipotética, habría existido una separación de varios siglos entre la muerte del individuo y su inclusión en una tumba múltiple, que coincidiría además con los eventos de inicio y final de la ocupación del poblado en general, lo que nos lleva a preguntarnos acerca del significado social de estas personas y la disposición de sus cuerpos luego de la muerte en un espacio que pudo ser una *plaza pircada* o un espacio público en el poblado bajo (com. pers. Alejandra Reynoso, v. Fig. 7).

En cuanto a los fechados provenientes de estructuras de combustión, la mayoría proceden de áreas presumiblemente habitacionales, aunque también de espacios públicos o de congregación, como las estructuras 6 y 111. La consideración en conjunto de los fechados de los distintos sectores del poblado está mostrando una ocupación más definida entre inicios del siglo XIII y fines del siglo XV, es decir en pleno momento de los Desarrollos Regionales.

Asimismo, una tendencia relevante es que el componente más antiguo se observa en estructuras, de naturaleza residencial, del *poblado bajo* en los sectores VIII, IX y X. En las estructuras 161, 183 y 214, a pesar de lo reducido de las excavaciones, fueron definidos con claridad los pisos de ocupación, con importantes fogones domésticos y fragmentos de vasijas con evidencia de exposición al fuego.

Por otro lado, los valores relativamente más tardíos se dan en sectores públicos como la cumbre y las adyacencias de la Quebrada del Puma. En esos casos, las combustiones se relacionan con eventos de otro tipo, constituyendo lentes menores de ceniza y car-

bón. El material cerámico asociado corresponde en general a fragmentos más pequeños y variados, algo esperable para áreas de mayor tránsito. Por último, solamente en tres casos (E. 111, ML 7 - E. 139 y el ya mencionado del ML 39) los valores probables calibrados de los fechados trasponen la ocupación inca en la región, con lo cual se puede suponer que, en gran medida, los sucesos relacionados con la presencia imperial suscitaron cambios en la ocupación de Rincón Chico 1 incentivando, tal vez, la jerarquización social en el interior del conjunto social (Fig. 8).

Paisajes sociales en Yocavil

A partir de las características arquitectónicas y de la distribución de las estructuras en RCh1, hemos planteado en varios trabajos la existencia de una organización residencial diferenciada en un eje vertical (alto y bajo) y otro horizontal (norte y sur), con un patrón de asentamiento jerarquizado integrado por un cerro protegido con defensas, barrios residenciales y zonas públicas en la cumbre, un amplia área de función ceremonial en la Quebrada del Puma y un poblado aglomerado ubicado hacia el sudeste y separado de estos edificios ornamentados (Tarragó 1987, 1998). En un marco interpretativo que vincula las jerarquías espaciales y constructivas con la emergencia de jerarquías sociales, hemos sugerido que los conjuntos de la cumbre conformarían la residencia de la élite política y religiosa mientras que los conjuntos aglomerados en el pie del cerro, así como las unidades dispersas ubicadas en el fondo del valle, habrían constituido ámbitos domésticos para un amplio sector de la población dedicado a diferentes actividades productivas. Es probable que estas transformaciones sociales guardaran relación con los conflictos inherentes al cre-

cimiento de las unidades sociopolíticas y el control de los distintos recursos productivos, en especial de las tierras de cultivo. En el refuerzo simbólico por acreditar el derecho sobre el territorio debieron jugar un importante papel los ancestros de la comunidad, quienes fueron los primeros en ocuparlo y que, además, podían interceder ante los dioses para mantener su fertilidad. De tal manera, las élites políticas se habrían apropiado de la morada de los ancestros, la montaña y, al mismo tiempo, de la titularidad del territorio. Mientras el llano fue dejado a cargo de la gente del común, la altura se fue transformando en el espacio de residencia de la minoría que se arrogaba la capacidad de articular los destinos de los hombres con el correcto devenir del universo (Tarragó y González 2004). Las evidencias proporcionadas por la cantidad de excavaciones arqueológicas en distintas estructuras y los datos surgidos de varios estudios (González y Doro 2004; Reynoso 2003, 2009) apuntan a sostener estos planteos en la construcción social del espacio e inclusive a proyectarlos al marco regional más amplio de Yocavil.

Por otra parte, el intento de caracterizar los paisajes sociales tardíos en el valle de Santa María, a través del caso de Rincón Chico, ha develado una serie de aspectos que consideramos sustantivos en el tratamiento de los poblados-*pukara* o cerros fortificados arqueológicos. De la comparación de este poblado con otros sitios altos como el Pucará de Tilcara, Santa Rosa de Tastil o, en el mismo valle, la Loma Rica de Shiquimil, se desprende que la densidad de la traza edilicia está mediada por la morfología del lugar de emplazamiento: si se trata de mesetas relativamente planas como la Loma Rica, la densidad puede ser grande alcanzando un patrón de recintos concatenados casi sin solución de continuidad. Si, en cambio, se trata de un cerro escarpado, con peñascos y gran-

des desniveles, como el caso de Rincón Chico, la densidad obviamente será mucho menor mostrando conjuntos o agrupamientos en aquellos lugares menos empinados o en pequeñas cuencas, más aplanadas, entre los promontorios rocosos. Esta segunda elección no fue casual, dado que posibilitaba mejores condiciones de defensa.

Los poblados altos fortificados no podían encontrarse solos en el paisaje. La población local necesitaba proveerse de recursos y producir alimentos en zonas relativamente cercanas al núcleo. Como puede observarse en la Figura 2 del presente trabajo, la relación entre *pukara* (RCh1) y los 36 sitios anexos, que se distribuyen por el conoide de deyección de las quebradas locales, es estrecha: existía una vía de circulación transversal desde el Bajo hacia la Quebrada del Puma (hoy desaparecida por la plantación de viñedos en el área), tres sitios de cementerio y varios de las restantes corresponden a unidades productivas de manufacturas. Hasta el momento, las excavaciones en área realizadas han permitido detectar áreas de producción de metalurgia y de alfarería, en los Sitios RCh12, RCh14 pero, sobre todo, en RCh15 (González 2004: 267-274; Tarragó 2007). También existían áreas de terrazas agrícolas (zona entre los Sitios 29-35), además de la faja cultivable de fondo de valle, donde la ocupación prehispánica subyace a las parcelas de cultivo modernas. Es decir, la población que vivía en los barrios del piedemonte (S. VIII a XI) y los grupos sociales del alto (S. I, IV, V y VI), además de los residentes en la Quebrada del Puma y Abra del Sol, requerían de producción primaria, materias primas y manufacturas especializadas como la metalurgia, que se producía en altitudes más bajas y alejadas del núcleo principal.

Las excavaciones en diversos tipos de estructuras y plazas con un cubrimiento de

12,30% del total de recintos, permitió establecer como un rasgo sintomático del grado de organización, la limpieza de los pisos de los recintos de Rincón Chico, instituyendo una notable diferencia de manejo del espacio habitado respecto a los múltiples registros conocidos para los centros poblados contemporáneos de Quebrada de Humahuaca y Puna, donde la abundancia de residuos *in situ* es muy grande. Las superficies de uso fueron cuidadosamente barridas manteniendo el hábitat libre de basura. ¿Constituye este rasgo una señal de un grado mayor de organización urbana y de cuidado de la morbilidad? Es una pregunta que queda abierta para futuras indagaciones.

Otra de las implicaciones que se derivan de los trabajos se refiere a la tendencia de asignar un asentamiento a la época Inca, por la presencia o no de cerámica diagnóstica, particularmente de superficie. El estilo Inca, sobre todo en la variedad Provincial, aparece en forma discreta y en baja densidad, en unos pocos sitios de Yocavil, como Ampajango 2, F. Quemado La Ventanita (Kriscautzky 1999) y F. Quemado El Calvario en recolección de superficie (Reynoso *et al.* 2010). En cambio, en varios de los poblados tardíos no existen evidencias, ni arquitectónicas ni cerámicas. Rincón Chico I es el caso más sobresaliente dado que, hasta el presente, no se ha hallado ninguna evidencia de restos muebles incaicos, no obstante la amplitud de las excavaciones realizadas y en distintos sectores. Lo mismo ocurre en el Sitio 15. Sin embargo, sabemos en forma fehaciente que, por la columna de fechados radiocarbónicos y por los artefactos de la Colonia temprana registrados, la ocupación llegó por lo menos, hasta el siglo XVI y los inicios de las Guerras Calchaquíes.

El cerro-*pukara* de Rincón Chico, además de la defensa por muros con parapetos

en su flanco occidental, debió estar articulado con un pequeño cerro con defensas en la Virgen Perdida 1, a 1.970 m de distancia en dirección Noroeste (Nastri 1997-1998: 262). Esta instalación cubría literalmente las espaldas del Cerro de Rincón Chico. Es posible, por otro lado, que haya existido vinculación mutua por alianzas y relaciones de parentesco, con el núcleo del Cerro Pintado de las Mojarras, a 4.182 m de distancia hacia el noreste, y los 11 sitios anexos del bajo. Vale señalar la proximidad estilística encontrada en la cerámica Famabalasto Negro Grabado entre las dos localidades que permitiría reconocer un «microestilo», según Palamarczuk (2011:222-223).

A este conjunto o subconjunto constituido por Rincón Chico y las Mojarras, le suceden hacia el norte, una línea de poblados altos conectados en forma sucesiva por vinculación visual de sus cimas o por línea de aire: de Las Mojarras al Calvario de Fuerte Quemado, distan 3.955 m y entre éste y La Ventanita de Fuerte Quemado, 3.424 m (v. Fig. 1). Es decir que se encuentra una red de poblados altos distribuidos en sentido meridiano, a una distancia entre 2 y 4 km. Con una discontinuidad algo mayor, siguen hacia el norte, el Antiguo Fuerte o Ciudad Sagrada de la Comunidad Indígena de Quilmes, Las Cañas, Pichao (Stenborg 2002) y finalmente, Tolombón (Williams 2003). La buena visibilidad de este valle árido, permitía la interconexión por sistemas de señales y mensajes en cualquier situación de riesgo. Esto no supone un plano de total simetría entre todos los poblados, la densidad y tamaño diferencial hace pensar en la existencia de diversas jerarquías sociopolíticas en el desarrollo de los centros poblados. Rincón Chico, con su cerro fortificado de 40 ha y un *hinterland* de 500 ha, habría ocupado un lugar central en el sudoeste de Yocavil (Tarragó y Nastri 1999), mien-

tras que, en el centro del valle, el liderazgo principal debió estar en manos de los Quilmes con su poblado con defensas que cubre un área de 170 ha entre el cerro y el piedemonte y de 300 ha, si se suma el área circundante con parcelas agrícolas, entre otros fines. En el extremo norte del valle de Santa María, el poblado-*pukara* de Tolombón, lugar de residencia del gran líder Calchaquí, habría ejercido el control de la confluencia de los dos ríos y la ruta de comunicación hacia el Valle de Lerma por la Quebrada de Alemania.

Hacia el sureste, en el flanco oriental del valle de Yocavil, se eleva la imponente meseta de la Loma Rica de Shiquimil, de ca. 16 ha, que es el asentamiento que posee mayor campo visual junto con el Fuerte de Quilmes. Este poblado, de trama edilicia densa, debió constituir otro de primera magnitud en el sudeste de Yocavil y otro *cerro sagrado* con dos plazas públicas, explícitamente orientadas al naciente y al poniente.

En el extremo meridional de Punta Balasto, el Cerro Antigal o Fuerte Mendocino *señoreaba* el valle con una trama edilicia que responde, en todas sus características, a la de fortaleza, como puede observarse en el plano levantado por el Ing. V. Weiser: siete grandes líneas de murallas escalonadas y dos troneras semicirculares en la línea inferior que se proyectan sobre el talud. Además, en dos especies de explanadas semicirculares se observó gran cantidad de cantos rodados pequeños y de tamaño uniforme, que evidentemente fueron trasladados desde el río para ser utilizados como proyectiles (Cigliano 1960:27-34). Con ocupación desde inicios de los Desarrollos Regionales pudo ser tomado y mejorado por los Incas, al menos así estaría indicado por la *kancha* delimitada en el piedemonte (González 1999: Fig. 6) y un edificio con varios cuartos de factura cuidada, paredes levantadas con bloques de

cuarcitas canteadas y ángulos rectos (Cigliano 1960: Fig. 13).

El paisaje conformado por el conjunto «poblado-*pukara-hinterland*» que se concatena, por interrelaciones e interacciones, con otros conjuntos homólogos, se podría relacionar con el proceso de construcción de identidades señalado por Bourdieu. El espacio social, que podría compararse con el espacio geográfico, en el interior del cual se recorran las regiones, «está construido de tal manera que los agentes, los grupos y las instituciones que en él se encuentran colocados tienen tantas más propiedades en común cuanto más próximos estén en este espacio» (1989:130). Por otro lado, un grupo social no comienza a existir como tal sino cuando es distinguido, según un principio cualquiera, de los otros grupos, es decir a través del conocimiento y reconocimiento por el poder performativo de designación, de nominación (1989:141). Es decir, los conjuntos señalados constituirían las unidades sociales locales dentro de la región, espacio social mayor.

Este patrón novedoso, desarrollado a partir de los siglos X-XI de la era en el entorno del valle, sería el reflejo y a la vez el resultado de una organización social en segmentos, cada uno con autonomía en el *hinterland* de su propio *pukara*, pero federados para la mutua defensa y el sostenimiento del intercambio de manufacturas locales de alto valor, como lo eran los bronces y el estilo Famabalasto Negro Grabado mientras se obtenían materiales de procedencia lejanas, como las obsidias de la puna de Antofagasta de la Sierra, los minerales de Capillitas y otras fuentes. Los cerros fortificados y la red de conexión aluden, al mismo tiempo, a situaciones de conflictos y guerra dentro de la región y con otras áreas exteriores al ámbito vallisto.

Conclusiones

Como hemos analizado, entre los siglos X y XVI, en amplias regiones del noroeste de Argentina, Bolivia y norte de Chile se desarrollaron paisajes culturales que comprenden, como rasgo sustantivo de época, el desarrollo de centros poblados conglomerados, en muchos de los casos, emplazados en riscos o mesetas elevadas que abarcan amplios campos visuales, denominados en varias regiones con el nombre indígena de *pukara*.

La construcción social del paisaje encuentra su núcleo en estos cerros escarpados, siendo posible que varios de ellos fueran simbólicamente reconocidos como lugares sagrados, vinculados a la Madre Tierra y a los ancestros, como lo hemos planteado para el Morro de Rincón Chico y probablemente haya ocurrido algo similar en el Cerro del antiguo Quilmes y en la Loma Rica.

Las organizaciones sociales de Yocavil-Calchaquí parecen haber sido de las más importantes desde el punto de vista sociopolítico, en el Período de Desarrollos Regionales, entre los siglos XIII y XIV, ejerciendo una fuerte incidencia en los Andes Meridionales, al sur de una franja flexible y permeable que desde Socompa, la Sierra de los Pastos Grandes y el Nevado del Acay, corre por la Quebrada del Toro hasta el Valle de Lerma. Hemos señalado, oportunamente, las interacciones sociales a larga distancia a través de la iconografía Santa María, como «estilo de época» (Tarragó, González y Nastri 1997: Fig. 18).

No se puede dejar de lado el hecho histórico de que el Valle fue un foco fundamental de las Guerras Calchaquíes contra la invasión española, desarrollando estrategias de organización y de defensas novedosas ante el embate europeo. Esto no podría explicarse sin los antecedentes socio-históricos de estas organizaciones anteriores al

Inca, además del influjo militar y político que éste debió ejercer sobre las poblaciones sojuzgadas (Marchegiani 2011).

La imagen que emerge es la de un mundo muy dinámico, de relaciones políticas frágiles que pivotaban entre el conflicto y las alianzas por una alta tensión demográfica sobre tierras y recursos. Entre emblemas detentadores de su identidad, como el estilo de cerámica y bronce Santa María y las *ciudadelas* en sus cerros, se diferenciaban de otros grupos contemporáneos al mismo tiempo que establecían dinámicas relaciones. La objetivación de los vínculos sociales en los cerros sagrados-fortificados permitía crear y recrear los lazos de cohesión y de diferenciación en una intensa relación dialéctica.

Agradecimientos

Quiero agradecer, muy especialmente a la Lic. Sonia Lanzelotti que, con la estrecha colaboración de Marcelo Lamamí, Profesional Técnico del CONICET, logró completar en campo y procesar los datos en laboratorio para producir el plano definitivo que aquí se presenta. En el levantamiento con brújula taquimétrica y ejecución de excavaciones, expreso mi agradecimiento a Sergio Caviglia, Luis R. González, Milena Calderari, María Cristina Scattolin, Inés Gordillo, Alejandra Korstanje, Jorge Sosa, Mónica Piñeiro, Myriam Ingratta, Inés Maldonado, Graciela Rodríguez, Javier Natri, Nélica Cabrera, Mariano Manasiewicz, Alejandra Reynoso, Gerónimo Pratolongo, Romina Spano, Nora Grossman, Ana Vargas, Soledad López, Daniel Magnífico, Sebastián Matera, Raúl Doro, Paola Corvalán, Rafael Curtoni, entre otros colaboradores. El Arq. Marcelo Magadán levantó y dibujó los planos de la cumbre y la Quebrada del Puma asesorándonos, además, en la evaluación del

estado de conservación del patrimonio arquitectónico. El Ing. Roberto Copello trabajó junto con la Prof. Susana Renard en la composición del primer plano del sitio. En las determinaciones bioantropológicas, colaboraron las Dras. Inés Baffi y María Fernanda Torres. Catriel Greco Mainero dio su apoyo inestimable en la calibración e interpretación de los fechados radiocarbónicos. Alejandra Reynoso revisó el manuscrito y aportó valiosas observaciones. Un recuerdo para Sandra Sánchez, querida amiga, por su trabajo en el Archivo Parroquial de Santa María (inédito) y por todo lo demás.

Trabajos financiados por varios subsidios, entre otros, UBACYT F152 (2004-2007), F029 (2008-2010) y PICT 34511 (2005-2009), ANPCyT.

Bibliografía citada

- Arkush, E. 2009. Pukaras de los Collas: guerra y poder regional en la cuenca norte del Titicaca durante el Período Intermedio Tardío. *Andes* 9:463-479.
2010. Hillforts and the History Channel. A View from the Late Prehispanic Andes. *The SAA Archaeological Record*, septiembre, pp. 33-39.
- Arkush, E. y Ch. Stanish. 2005. Interpreting conflict in the Ancient Andes. *Current Anthropology* 46(1):3-28.
- Arriaga M. O., S. Renard y S. Alliscioni. 1994. La recuperación de microespecímenes en la excavación arqueológica de Rincón Chico 1. Identificación de restos botánicos. *Actas XI CNAA, Revista del Museo de Historia Natural* 14(1-4):338-339. San Rafael.
- Balandier, G. 1976. *Antropología política*. 2ª. Edición. Península, Barcelona.
- Balesta B. y F. Wynveldt. 2010. La Loma de Ichanga: visibilidad, defensibilidad y abandono en el valle de Hualfín (Depto. de Belén, Prov. de Catamarca, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 40:53-71.
- Bender, B. 2006. «Place and Landscape». *Handbook of Material Culture*. SAGE Publications. 3 Sep. 2009. <http://sage-ereference.com/hdbk_mat culture/Article_n19.html>.

- Bronk Ramsey, Ch. 2009. Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51 (1):337-360.
- Bourdieu, P. 1989. *Cosas dichas*. GEDISA, Buenos Aires.
2007. *El sentido práctico*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- Cieza de León, Pedro de. [1553] 1973. *El señorío de los Incas*. Colección Autores Peruanos, Editorial Universo, Lima.
- Cigliano, E. M. 1960 (dir.). *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María*. Instituto de Antropología n° 4. FFyL, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- Clastres, P. 2004. *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Cremonte, M. B. y M. Garay de Fumagalli. 1997. El Pukara de Volcán en el sur de la Quebrada de Humahuaca ¿un eje articulador de las relaciones entre las Yungas y las tierras altas? (Provincia de Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* 14:159-174. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
- González, A. R. y J. A. Pérez. 1966. El área andina meridional. *Actas 36° Congreso Internacional de Americanistas* [1964], tomo 1, pp. 241-265. Sevilla.
- González, L. R. 1999. Tambo feroz. Nuevos datos sobre el asentamiento de Punta de Balasto y la ocupación incaica en el sur del valle de Santa María (Prov. de Catamarca). *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, t. 1, pp. 222-232. La Plata.
2004. *Bronces sin nombre. La metalurgia prehispánica en el Noroeste Argentino*. Fundación CEPPA, Buenos Aires.
- González, L. R. y R. Doró. 2004. Jardines de piedra. Estructuras ceremoniales en Rincón Chico. *Etnia* 46-47:147-168. Olavarría.
- Greco, C. 2010. Propuesta de una secuencia cronológica para la localidad arqueológica Rincón Chico de Yocavil. *Estudios Sociales del NOA*, nueva serie 10:81-105. Instituto Interdisciplinario Tilcara, FFyL., Buenos Aires.
- Guaman Poma de Ayala, F. 1980 [1613]. *El primer nueva corónica y buen gobierno*. Siglo XXI, México.
- Krapovickas, P. 1959. Poblados y ciudades indígenas. *Revista de Educación* (NS) 4(11-12):237-245, Ministerio de Educación. La Plata.
- Kriscautzky, N. 1999. *Arqueología de Fuerte Quemado de Yocavil*. Dirección Provincial de Cultura, Catamarca.
- Marchegiani, M. 2011. *Las formaciones sociales de Yocavil durante la dominación Inca y la Conquista Española. Contacto, conflicto, persistencia y transformaciones (Siglos XV-XVII d. C.)*. Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, ms.
- Márquez Miranda, F. y E. M. Cigliano. 1961. El yacimiento arqueológico de Rincón Chico (Departamento de Santa María, prov. de Catamarca). *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie) 5, La Plata.
- Martínez, G. 1989. *Espacio y pensamiento. I Andes meridionales*. Hisbol, La Paz.
- Mc Cormac, F. G., Hogg, A. G., Blackwell, P. G., Buck, C. E., Higham, T. F. G., y Reimer, P. J. 2004. SHCal04 Southern Hemisphere calibration, 0-11.0 cal kyr BP. *Radiocarbon* 46 (3):1087-1092.
- Mendonça, O.; M. Ammann, M. A. Bordach, M. C. Barboza y M. Arrieta. 2005. Violencia y tensión social en Rincón Chico 21 (Santa María, Catamarca). *Cuadernos FHyCS*. 26:188. UNJU, Jujuy.
- Mueller, J. W. (ed.) 1979. *Sampling in Archaeology*. The University of Arizona Press, Tucson.
- Muñoz O., I., J. Chacama R. y M. Santos V. 1997. Tambos, pukaras y aldeas, evidencias del poblamiento humano prehispánico tardío y de contacto indígena-colonial en el extremo norte de Chile. *Diálogo Andino* 6:123-190. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Nastri, J. 1997-1998. Patronos de Asentamiento prehispánicos tardíos en el sudoeste del valle de Santa María (Noroeste Argentino). *Relaciones*, Sociedad Argentina de Antropología n. 22-23:247-270. Buenos Aires.
- Nielsen, A. 2001. Evolución social de la Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En: *Historia Argentina Prehispánica* (E. Berberían y A. Nielsen eds.), t. 1, pp. 171-264. Editorial Brujas, Córdoba.
2007. Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1):9-41. Santiago.
2010. *Celebrando con los antepasados. Arqueología del espacio público en Los Amarillos, Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina*.

- Mallku, Buenos Aires.
- Núñez A., L. y T. Dillehay. 1979. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. 2ª edición, 1995. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Palamarczuk, V. 2011. *Un estilo y su época. El caso de la cerámica Famabalasto Negro Grabado del Noroeste Argentino*. BAR International Series 2243. Oxford.
- Perrota, E. y C. Podestá. 1978. Contribution to the San José and Santa María cultures, Northwest Argentina. En: *Advances in Andean Archaeology*, pp.525-551. D. Browman (ed.). Mouton Publishers, The Hague-Paris.
- Platt, T. 1987. *Entre Ch'axwa y muxsa*. Para una historia del pensamiento político aymara. En *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, T. Bouysson-Cassagne, O. Harris, T. Platt y V. Cereceda (eds.), pp. 61-122. Hisbol, La Paz.
- Reynoso, A. 2003. Arqueoastronomía en Rincón Chico (Catamarca, Argentina). Monumentos del tiempo, monumentos de encuentro en el valle de Yocavil. En *Local, Regional, Global: prehistoria, protohistoria e historia en los Valles Calchaquíes*, P. Cornell y P. Stenborg (eds.). *Anales Nueva Época* 6:127-162. Instituto Iberoamericano, Gotemburgo.
2009. El color y el fuego: excavaciones en la plaza de la cumbre de Rincón Chico (Provincia de Catamarca). *Comechingonia* 12:75-90.
- Reynoso, A.; G. Pratonlongo, V. Palamarczuk, M. Marchegiani, M. S. Grimoldi. 2010. El Calvario de Fuerte Quemado de Yocavil. Excavaciones en los torreones incaicos. *Actas XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, III:1327-1332. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Ruiz, M. y M. E. Albeck 1997. El fenómeno pukara visto desde la puna jujeña. *Cuadernos*, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales 9:233-256. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador.
- Salvatierra, E.1959. El yacimiento de Rincón Chico. *Revista del Instituto de Antropología* 8:63-73. Universidad Nacional de Tucumán.
- Spano, R. y S. López. 2002. *Excavación y registro del recinto 214 del Sitio 1 de Rincón Chico, Dpto. Santa María, Catamarca*. Museo Etnográfico. Buenos Aires, ms.
- Stenborg, P. 2002. *Holding back history. Issues of resistance and transformation in a post-contact setting, Tucumán, Argentina, c. A.D. 1536-1660*. GOTARC Series B 21. Göteborg University.
- Stuiver, M. y H. Polach. 1977. Discussion: Reporting of 14C Data. *Radiocarbon* 19 (3):355-363.
- Tarragó, M. N. 1987. Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:179-196. Buenos Aires.
1995. «Desarrollo regional en Yocavil: una estrategia de investigación». *XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (1994); Hombre y Desierto* 9:225-236. Antofagasta.
1998. El patrimonio arqueológico del Valle de Santa María en peligro: El Rincón Chico. En *Homenaje a Alberto Rex González, 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología Argentina*, pp.205-254, FFyL, UBA. Buenos Aires.
2000. Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos en el Noroeste». En *Nueva Historia Argentina*, t. 1, *Los Pueblos Originarios y la Conquista*, M. Tarragó (Dir.), pp. 257-300. Sudamericana, Buenos Aires.
2007. Ámbitos domésticos y de producción artesanal en el Noroeste Argentino prehispánico. *Intersecciones en Antropología* 8:87-100. Facultad de Ciencias Sociales, Olavarría.
- Tarragó, M. N. y J. Nastri. 1999. Dimensiones de la Complejidad Santamariana. *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, t. II, p. 259-264. Universidad Nacional, La Plata.
- Tarragó, M. N. y L. R. González. 2004. Arquitectura social y ceremonial en Yocavil, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29:297-316. Buenos Aires.
- Tarragó, M. N., L. R. González y J. Nastri. 1997. Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños* 14:223-242, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo. San Pedro de Atacama.
- Tarragó, M.N. y M. E. Albeck. 1997. Fechados radiocarbónicos para el sector medio de la Quebrada de Humahuaca. *Avances de Arqueología* 3, p. 101-130, IIT, FFL, Tilcara.
- Tarragó, M. N., S. F. Renard, L. R. González. 1992. Proyecto arqueológico Valle de Yocavil. Informe campaña 1992. *Palimpsesto* 2:133-138. Buenos Aires.

- Ten Kate, H. C. 1896. Anthropologie des anciens habitants de la région Calchaquie (République Argentine). *Anales del Museo de La Plata*, Sección Antropológica I. La Plata
- Wheatley, D. y M. Gillings. 2002. *Spatial Technology and Archaeology*. Taylor & Francis, London.
- Williams, V. 2003. Nuevos datos sobre la prehistoria local en la quebrada de Tolombón. Pcia. de Salta. Argentina. En *Local, Regional, Global: prehistoria, protohistoria e historia en los Valles Calchaquíes*, P. Cornell y P. Stenborg (eds.). *Anales Nueva Época* 6:163-210. Instituto Iberoamericano, Gotemburgo.
- Wynveldt, F. y B. Balesta. 2009. Paisaje sociopolítico y beligerancia en el valle de Hualfin (Camarca, Argentina). *Antípodas* 8:143-168.

Recibido: Octubre 2011

Aceptado: Diciembre 2011

Myriam Noemí Tarragó

Directora del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti y Profesora Consulta, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Investigadora principal del CONICET. Doctora en Historia, Especialidad en Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, UNR. Sus temas de investigación se refieren a las sociedades prehispánicas de los Andes del Sur, desde los inicios de la producción de alimentos hasta la Conquista; ha publicado sus resultados en libros y revistas científicas argentinas e internacionales. Por su labor, ha recibido varias distinciones honoríficas.